

La crítica como sabotaje, el pensamiento crítico latinoamericano y la literatura comparada

Javier Morales Mena

yakanasz@hotmail.com

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Fecha de recepción: septiembre de 2014

Fecha de aceptación: octubre de 2014

Resumen: En el presente artículo realizo un repaso fragmentario sobre algunos puntos de diálogo entre la crítica como sabotaje y algunas de las categorías del pensamiento crítico latinoamericano propuestos por Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar. Se destaca sobre todo cómo las categorías de «transculturación narrativa», «heterogeneidad» y «totalidad contradictoria» comparten aires de familia con los postulados de la crítica como sabotaje respecto al imperativo de leer el discurso literario en relación a otros polisistemas discursivos que circundan el campo de lo social; asimismo, buscamos calibrar la correspondencia entre aquellas y el lugar que se le concede al discurso crítico en cuanto dispositivo para sabotear los modelos de mundo hegemónicos.

Palabras clave: Crítica como sabotaje, transculturación, heterogeneidad, totalidad contradictoria y modelo de mundo

Criticism as sabotage, latinamerican critical thinking and comparative literature

Abstract: In this article I seek to establish some points of dialogue between criticism as sabotage and some of the categories proposed by Angel Rama and Antonio Cornejo Polar in the case of the literatures of Latin America. It is the dialogue between categories such as «narrative transculturation», «heterogeneity», «contradiction totality» and the principles of critique as sabotage. Especially with regard to the imperative to read the literary discourse in relation to other discursive polisistemas surrounding the social field. Also seeks to recalibrate the correspondence between those and the place that is granted to the critical discourse as a device to sabotage the models world hegemonic

Keywords: Criticism as sabotage, transculturation, heterogeneity, contradiction totality, world model.

I

Cuando en el 2007 Manuel Asensi Pérez (Valencia, 1960) tituló su artículo, a modo de Cinterrogante: «¿Qué es la crítica literaria como sabotaje? (especulaciones dispersas en torno a la crítica en la era de la pos-globalización)», no sospechó, probablemente, que este contendría el germen de lo que pocos años después definiría su propuesta crítica.¹ Y es que en este artículo, son dos los personajes conceptuales que toman protagonismo dentro de una historia de crisis, entreguismo y relajamiento epistemológico²: la «crítica» y el «sabotaje». La primera, entendida en la línea de la reflexión propuesta por Adorno, Williams, Foucault: como desacuerdo, disidencia, sospecha, recusación, y como una profunda creencia en que esta no es solo una labor especulativa o una abstracción, sino, por el contrario, una práctica que avanza con el convencimiento de la transformación práctica (Cf. Asensi 2007: 73); y el

¹ Incluso, «leídos en retrospectiva, todos y cada uno de los trabajos previos de Asensi preparan la llegada de la crítica como sabotaje» (Ferrús Antón 2012: 9).

² Los enunciados con los que se caracteriza el contexto que envuelve la emergencia de la propuesta crítica de Asensi insisten en subrayar la obsolescencia de la crítica tradicional y la falta de osadía para plantear tesis arriesgadas (Cf. Vázquez 2012: 41 y Clúa 2012: 85).

segundo, en diálogo y tensión con Althusser, de Man y Derrida, como estrategia beligerante contra las máquinas textuales que articulan modelos de mundo cuya composición retórica y tropológica invisibiliza los regímenes opresores de la ideología (Cf. Asensi 2007: 81). Poco antes de terminar el párrafo inicial de este artículo se llama la atención sobre el carácter inacabado que la reflexión propone respecto a la cuestión de la crítica literaria como sabotaje: «solo puedo ofrecer aquí unas bases esquemáticas que deben considerarse como notas para una investigación en proceso» (Asensi 2007: 73).

Sirva esta aclaración para comprender la ampliación y las vueltas de tuerca que el autor realizó cuatro años más tarde en *Crítica y sabotaje* (2011). No se equivoca quien advierte que en este texto no aparece el adjetivo «literaria».³ Y ello porque en él se define la operación sabotadora de análisis como aquella que abarca diversas modalidades semióticas no exclusivamente literarias. Sobre todo porque se reconoce que la fuerza performativa que posee el discurso literario, y el arte en general, también lo tienen otros discursos como el cinematográfico, el de los medios masivos de comunicación, la modalidad ensayística, los cómics, etc., es decir, todos estos poseen una capacidad para modelizar la subjetividad de las personas hasta el punto de llevarnos a hablar, gesticular y actuar de un modo determinado (Cf. Asensi 2011: 17).

Explicábamos que en este texto se enriquece el desarrollo argumentativo de los fundamentos del binomio crítica y sabotaje. Así, se comprende los distintos momentos donde este tipo de crítica confluye y dialoga con el marxismo, la deconstrucción, los estudios culturales y poscoloniales; pero también se precisa el tramo cuando la práctica sabotadora resuelve su tensión y avanza un paso más allá: «la crítica como sabotaje se distancia del marxismo en el sentido de no presuponer un apriorismo esencialista del sujeto, clase, estado o economía» (Asensi 2011: 79); así como, el alejamiento respecto a la deconstrucción por cuanto se asume como un modo de crítica donde cuenta la posibilidad de decisión más que el de la indecidibilidad derridiana (Cf. Asensi 2011: 87). A esta lógica de confluencia y distanciamiento epistemológico, añádase también la explicación de la categoría bélica «sabotaje» bajo el entendido de práctica crítica que se ejerce en el campo textual y cultural para desenmascarar, desde el punto de vista del subalterno heterogéneo,

³ Ello no quiere decir que en *Crítica y sabotaje* (2011) no se analice textos literarios. Una mirada rápida al índice puede advertir del protagónico papel de lo literario. Entre los textos que se analizan están: *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra; *Tristana*, de Benito Pérez Galdós; *Molloy*, de Samuel Beckett y *2666*, de Roberto Bolaño.

los discursos que fomentan la dominación y la explotación; el sabotaje sería la acción ética y política de cortocircuitar y hacer estallar los dispositivos textuales que sistematizan las perversas e invisibles operaciones del poder (Cf. Asensi 2011: 86). Hay en esta práctica de lectura y escritura, un llamado por radicalizar la virulencia de la crítica, sobre todo para intervenir en un contexto signado por el ninguneo de las humanidades y la neutralización e invisibilización de su poder subversivo (Cf. Ferrús 2012: 9).

No hay duda que desde el germen de la idea (2007) hasta la concreción de la misma (2011), la crítica como sabotaje ha logrado posicionarse como uno de los sólidos planteamientos teóricos de estas primeras décadas del siglo XXI. Si al cierre del siglo anterior, el balance sobre los estudios literarios arrojaba como resultado cierta sensación de crisis generalizada debido a la transformación y reconducción de sus fundamentos conceptuales, cuestión a la que también podríamos sumar como característica espiritual, una suerte de prolongación del duelo por la partida de los grandes maestros del siglo de oro de la teoría (Barthes, Lacan, Foucault, Althusser, Bourdieu, Derrida), en la crítica como sabotaje encontramos no solo una propuesta que revitaliza la tradición teórica más decididamente crítica, sino también hallamos un planteamiento cuyo alcance se hace responsable del riesgo de ir más allá del campo de los estudios literarios: «su objeto no es la obra de arte verbal o plástica en sentido específico, sino todo lo que cae bajo el campo de la inscripción, de aquello que J. Derrida y G. L. Ulmer bautizaron como gramatología, la cual emerge, entre otras cosas, de la etimología greco-latina del término ‘literatura’ (gramma)» (Asensi 2011: 52).

La prestigiosa revista *Anthropos*, N. 237 (2012), dedica este número íntegramente a la reflexión sobre la propuesta teórica asensiana. El título de la entrega es por lo demás expresivo del centro de atención que en ella ocupa: *La crítica como sabotaje de Manuel Asensi*. Precisamente en la «Presentación» se explica lo que decíamos en el párrafo anterior respecto a calibrar este planteamiento teórico dentro del polisistema de discursividades epistemológicas sobre la cultura y la literatura: «ante un presente hostil, donde el pensamiento crítico parece cada vez más aplastado por los relatos de la crisis económica y los «recortes inevitables», *la crítica como sabotaje irrumpe* como salvavidas en el estéril panorama global» (Ferrús 2012: 15; las cursivas son nuestras). Se equivoca quien piensa que existe un tufillo adánico en este enunciado. Lo que se destaca, más bien, es la excepcionalidad de la transgresión del pensamiento donde aparece el sabotaje, más precisamente, el acontecimiento del sabotaje. Su desestabilizante presencia propone quizá —a contrapelo de algunas poéticas y retóricas

que orientaban (y agotaban) su interés metodológico solo en el análisis de la dimensión expresiva del discurso— aquello que en una entrevista Asensi precisó como la necesidad actual por «vincular las teorías de la conciencia con la teoría del cambio» (Zabalgoitia 2012b: 185-186); dicho de otro modo, promover una suerte de imperativo epistemológico para articular el análisis y la interpretación del campo reflexivo con el campo de la acción práctica: «así es que comienza ya a revelarse la CS, entonces, como un dispositivo que insta en el centro de su intencionalidad la transformación de la *realidad* y no solo la presentación de un modo de conciencia» (Zabalgoitia 2012a: 61). Se trata de interpretar y transformar toda vez que el carácter performativo de los discursos tiene la capacidad de modificar la subjetividad y la conducta de los receptores. Por ello en este punto es cuando resulta crucial comprender la idea de «modelo de mundo» y «silogismo» que propone la crítica como sabotaje.

Los pasajes donde Asensi explica en qué consiste el «modelo de mundo» son numerosos; si los sintetizáramos obtendríamos más o menos el siguiente orden de ideas respecto a este fundamento de la crítica como sabotaje: modelo de mundo es aquel constructo mental que consciente o inconscientemente modela el pensamiento, el lenguaje y las acciones de cada sujeto. Este es el resultado de un sistemático proceso de articulación donde intervienen diferentes mediaciones semióticas: desde aquellas propias del discurso lingüístico, hasta las que provienen del refranero popular (Cf. Asensi 2011: 24-26; 2012b: 22; 2013: XLVII). La confluencia de esta heterogeneidad de discursos tiene repercusión práctica y efectiva, el sujeto actuará según la imagen de mundo que tiene construida, y esto porque: «un lector o lectora no se limita a «descodificar» un texto, sino que en el proceso de descodificación recibe una imagen del mundo análogo a aquel en el que vive, y es capaz de configurar o reconfigurar su subjetividad» (Asensi 2012b: 20). Pero no se comprendería la formación y el sentido de esta discursividad que construye la subjetividad, sin introducir la reflexión sobre la estructura silogística que compone todo texto; en especial, el texto artístico, el «silogismo afectivo» (resultado de la suma de lo conceptual y lo afectivo: el *afepto*).

Una de las características del silogismo afectivo —incitativo y performativo— es su complejidad toda vez que está constituido por aquella estructura discursiva que organiza la imagen del mundo con la cual se dialoga o se disiente. Queremos decir con ello que para desmontar sus estructuras discursivas se debe doblar sus mecanismos retóricos y tropológicos de ocultamiento. Acaso por ello, Asensi caracterizó la operación crítica del

sabotaje como lectura de «carácter guerrero», y el acto de leer como «hacer la guerra en contra de un texto o a su favor» (Asensi 2012b: 24). De hecho, no es gratuito el valor que se le otorga al discurso literario porque: «Una de las ventajas de la teoría silogística es que nos permite dejar de pensar en la literatura y en el arte como discursos que se limitan a producir placer estético, dado que les concede un valor epistemológico de primer orden» (Zabalgoitia 2012b: 190).

No se entiende de otro modo, entonces, el llamado del sabotaje por la sospecha, el recusamiento, el boicot, y, en concreto, por la crítica radical de los modelos de mundo — fenoménicos y teóricos— y los silogismos que presentan. Por lo mismo, toda vez que de esta manera se moviliza un modo de conciencia crítica y una propuesta orientada a transformar (intervenir) la realidad, la crítica como sabotaje pondrá énfasis en la articulación de cada uno de los pasos que sigue el «lector desobediente»: detectar el silogismo, desmontarlo, develar las estructuras discursivas que construyen ese modelo de mundo, y recordar —en el proceso— que, como precisa Asensi: «en la crítica como sabotaje el análisis viene a ser siempre una poética relacional, nunca se toma como objeto un texto en sí mismo, sino en relación a otra textualidad con la que mantiene diferentes grados de transformación» (Zabalgoitia 2012b: 189). Dicho en otras palabras, no se busca solo analizar los componentes estructurales que un texto cualquiera posee, y según el cual propone sus regímenes de sentido, sino también posicionar —en tensión dialógica— dicha significación dentro del polisistema de textualidades o discursos que existen en el horizonte de la cultura. La punta del hilo argumentativo que se asoma deja ver que es necesario atar el sentido de aquellas estructuras silogísticas de los modelos de mundo (hegemónicos o no) junto con los sentidos que articulan y estructuran la vida cotidiana. Esta operación: «no es abogar por una supuesta objetividad de los significados de los textos, sino señalar que esa objetividad está en función de su relación con el polisistema que le rodea y que representa su condición de posibilidad en tanto signo» (Asensi 2012b: 26).

Una necesaria digresión para coger otro sendero. Aquel que nos conduzca por los desfiladeros del pensamiento crítico latinoamericano, ¿encontraremos caminos que se entrecruzan con lo expuesto?

II

Por lo fragmentariamente expuesto hasta aquí, imposible no establecer aires de familia que la crítica como sabotaje comparte con algunos de los proyectos críticos que el pasado siglo xx orientaron el curso del pensamiento crítico latinoamericano. Nos referimos a la empresa intelectual del uruguayo Ángel Rama (1926-1983) y el peruano Antonio Cornejo Polar (1936-1997). ¿Qué conecta el legado de estos pensadores literarios con los planteamientos de la crítica como sabotaje? ¿Cuáles son los puntos donde estas propuestas intersectan su camino? Antes de aproximarnos al desarrollo argumental de estas y otras interrogantes, aclaremos que estos intelectuales latinoamericanos no inscribieron su práctica crítica dentro del horizonte epistemológico de la literatura comparada. Su quehacer reflexivo, en realidad, focalizó su atención sobre la sistematización del estudio de las literaturas nacionales y sobre las tensiones de la producción discursiva latinoamericana. Los tomamos como referente de la práctica comparatista porque consideramos que sus contribuciones en el terreno del conocimiento riguroso de literatura latinoamericana tanto como en la reconducción y formalización del pensamiento crítico latinoamericano resultan sumamente valiosos para enriquecer los estudios de literatura comparada. Recordemos también que con aquellos comienza a madurar el «proyecto epistemológico» de una crítica cuya aspiración fue formular una teoría de la literatura latinoamericana (Cf. Cornejo Polar 1982: 17). Permítaseme, entonces, esta reconducción metodológica para explicar una parte del legado de estos pensadores literarios dentro del terreno de la práctica comparatista. Dicho esto, discurramos por el otro margen.

La literatura comparada en América Latina ha dejado de ser una disciplina eurocentrista.⁴ En la línea del llamado que realiza Jonathan Culler en el campo de la comparada mundial, y haciendo extensiva las ideas que Charles Bernheimer expone en su informe de 1993: «The report urges comparative literature to abandon its traditional Eurocentrism and turn global, an injunction that seems entirely justified, both as a reflection of contemporary cultural realities and as a response to the growing conviction

⁴ Consultar al respecto, Ana Pizarro: «Sobre las direcciones del comparatismo en América Latina», en *Casa de las Américas*, 18 (1982: 40-49); Zulma Palermo: «Comparatismo contrastivo y hermenéuticas pluritópicas: variaciones latinoamericanas» en *Espacios y discursos compartidos en la literatura de América Latina* (2004: 319-331).

that western cultures in the past were in fact determined in part by their relations to non-western others» (Culler 1995: 117). Si otrora esta lógica sirvió para garantizar y reforzar la mirada jerarquizante que la cultura hegemónica tenía respecto de las tradiciones culturales locales o regionales; si tiempo atrás aquel campo de la investigación literaria legitimó una monológica visión de lo literario; si bajo aquella perspectiva el estudio de las manifestaciones literarias occidentales se realizó en detrimento de las prácticas discursivas locales, alentada por una lógica de sentido que procedía a restar originalidad a todas las prácticas culturales ajenas a la tradición cultural occidental, toda vez que se presuponía que «las fuentes de creación están en las literaturas y culturas occidentales», contemporáneamente se puede afirmar que estos presupuestos logocentristas fueron deconstruidos por el conjunto de los estudios literarios latinoamericanos que buscaron combatir la perspectiva colonialista y subalternizante con el que se analizaba o comprendía la literatura latinoamericana —entiéndase esta posición no como la obtusa defensa de un provincialismo o regionalismo cerrado, más bien, compréndase como la marcha literaria por la redefinición de nuestra relación con las literaturas mundiales, en palabras de Ángel Rama: se trata de incorporar la literatura latinoamericana al conjunto de las literaturas mundiales, y no más bien aislarla (Cf. Díaz Caballero 1997: 336)—. En esta renovación de la geopolítica del conocimiento, el lenguaje crítico tuvo el reto de redefinir sus metáforas conceptuales no solo para describir los procesos de significación del discurso literario, sino también para sugerir la activa y estratégica participación del creador latinoamericano en la gesta de su tradición literaria y cultural.

Para explicar la relación entre los productos culturales de «Nuestra América» con los de Occidente y —recientemente— Oriente, en la actualidad, se ha abandonado la trilogía de conceptos del clásico comparativismo («influencia», «asimilación» y «dependencia») para enriquecer el repertorio descriptivo con otras categorías que buscan ensanchar y transformar la mirada sobre los complejos procesos de significación de nuestras prácticas discursivas, y el sentido de sus vinculaciones con los discursos culturales de otras coordenadas geográficas (esa suerte de reconducción de la interacción con otras tradiciones literarias). No encontramos otro modo de comprender esta actitud crítica contra una epistemología del ninguneo y la subalternización que asociándolo con la declarada beligerancia que la crítica como sabotaje plantea desarrollar con los modelos de mundo que se proponen como regímenes de sentido que garantizan la dominación, explotación y el mantenimiento del statu quo; esto que se llama a combatir con el ejercicio de una «crítica como desacuerdo y disidencia» (Asensi 2011: 10).

Existen tres categorías cuyo protagonismo dentro de la tradición crítica latinoamericana está todavía vigente. No expreso con ello que estas resulten incuestionables. Subrayo, sí que no puede ignorárselas o pasarse por alto. Estas categorías son: «transculturación», «heterogeneidad» y «totalidad contradictoria». ¿Qué proponen estas categorías, y cómo se vinculan con la práctica crítica del sabotaje?

La categoría «transculturación»⁵ desarrollada dentro del campo literario por Ángel Rama en su libro *Transculturación narrativa en América Latina* (1982) permite comprender, desde otro fundamento relacional, la dialéctica entre lo propio y lo ajeno; o la interacción entre nosotros y los otros. Esta describe —a tres bandas: la lengua, la estructuración literaria y la cosmovisión— un modo estratégico de desmontaje y transformación que desde las tradiciones vernáculas regionales, orales y populares, se hace de los aportes estéticos y las innovaciones estructurales de la literatura europea. Se trata de hacer comprender que la literatura latinoamericana enriquece su particularidad —su *mismidad*— apropiándose creativamente de lo universal: «la novela regional se había elaborado sobre los modelos narrativos del naturalismo del siglo XIX los que adecuó a sus necesidades expresivas» (Rama 2004: 44). Las literaturas que surgen por este proceso transculturador son fuertemente contrahegemónicas —descentran, canibalizan, carnavalizan (diríamos con Asensi: ¡sabotean!)—; no hay subordinación pasiva a modelos hegemónicos. Si algo se hace con los paradigmas de representación es sabotearlos desde la tropología, la retórica y la gramática del archivo cultural de la memoria latinoamericana. Cuando el autor de *La ciudad letrada* (1984) explica, por ejemplo, el funcionamiento de la transculturación, tanto a nivel del

⁵ Recordemos que «transculturación» es una categoría que Rama toma del seminal libro del pensamiento latinoamericano: *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* (1940), de Fernando Ortiz. En él expresa su autor: «Hemos escogido el vocablo *transculturación* para expresar los variadísimos fenómenos que se originan en Cuba por las complejíssimas transmutaciones de culturas que aquí se verifican, sin conocer las cuales es imposible entender la evolución del pueblo cubano, así en lo económico como en lo institucional, jurídico, ético, religioso, artístico, lingüístico, psicológico, sexual y en los demás aspectos de su vida» (Ortiz 2002: 254). No debe olvidarse tampoco el uso que hace Mariano Picón Salas (1944) de este neologismo que describe los procesos de interacción cultural: «Más complejo es el problema de la ‘transculturación’ europea —como dice en útil neologismo don Fernando Ortiz— a las legendarias y ricas tierras peruanas o mexicanas [...] desde tan tempranos días se plantea allí el que todavía parece permanente y no resuelto enigma de la cultura hispanoamericana, o sea el de la imitación y transplante de las formas más elaboradas de Europa en que siempre se esmerará una clase culta pero un poco ausente de la realidad patética de la tierra, y la intuición que despunta en algunos frailes y misioneros extraordinarios —un Vasco de Quiroga, un Pedro de Gante, un Sahagún— de que hay que llegar al alma de la masa indígena por otros medios que el del exclusivo pensamiento europeo, mejorando las propias industrias y oficios de los naturales, ahondando en sus idiomas, ayudándolos a su expresión personal» (Picón Salas 1994: 75).

lenguaje como de las estructuras narrativas en el proyecto estético de João Guimarães Rosa, precisa que en este:

[...] se parte de una lengua y de un sistema narrativo populares, hondamente enraizados en la vida sertaneja, lo que se intensifica con la investigación sistemática que explica la recolección de numerosos arcaísmos lexicales y el hallazgo de variados puntos de vista con que el narrador elabora el texto interpretativo de una realidad, y se proyectan ambos niveles sobre un receptor-productor (Guimarães Rosa) que es un mediador entre dos orbes culturales desconectados: el interior-regional y el externo universal. (Rama 2004: 46)

Ciertamente, de este modo, la transculturación —estrategia emancipadora de lo literario latinoamericano— reconduce no solo el entendimiento del potencial creativo del artista de nuestra «Patria grande», sino también la reevaluación de la producción discursiva latinoamericana. Se deja atrás presupuestos eurocéntricos —origen, imitación, secundariedad— bastante apegados a un comparatismo monológico y a una crítica autoritaria.⁶

Enmárquese esta categoría —tanto como lo que moviliza— dentro de la línea de pensamiento que busca articular la serie literaria con la serie social. Esto a despecho de las posturas inmanentistas que se esforzaban por desvincular el texto literario de los contextos que los circundan. No existe en la preocupación de Rama la búsqueda de correspondencias mecánicas o reduccionistas, en el entendido de una hipoteca referencialista del texto literario;

⁶ Para Roberto González Echevarría, las llamadas literaturas «marginales» tienen una lección fundamental para la práctica comparativa actual; este quehacer entendido como un ataque («a guerrilla assault») contra el tradicional pensamiento crítico comparativista, propone leer los textos de la tradición literaria occidental desde el escenario de nuestra tradición narrativa latinoamericana para que de ese modo se pueda calibrar aquellos procesos semióticos de apropiación y transculturación que plantean complejos desafíos para el pensamiento crítico literario; se trataría de una crítica: «*Perhaps what these marginal literatures teach us, after all, is the contingency of theory, its inapplicability beyond the self-enclosed textual subfield from which it emerges. Novels by Fuentes can be used to read Henry James and those by Lezama Lima to read Joyce. Again, the question will not be how these works agree but how they differ, how the reading and rewriting practiced from the margins mobilized elements in the hegemonic texts that were previously inert, beyond the reach of criticism and theory. This is criticism by fiction and friction.* But to do this a new class of readers trained (not improvised) in the marginal literatures will have to appear. These critics and scholars will not read “peripheral literatures” always from the center, but will be capable of reading them also in their own context, with all of the philological care this demands. This is not an easy task when dealing with “untranslatable” works like those by Lezama Lima, but one worth attempting in founding a new comparative literature» (González Echevarría 2002: 8; las cursivas son nuestras).

más bien, lo que se advierte en el desarrollo de su pensamiento crítico es la articulación creativa de diversas disciplinas como la antropología, la historia, la urbanística, las ciencias políticas y la literatura; diálogo de tradiciones interdisciplinarias que apuntan a penetrar y desentrañar «los intrincados movimientos del gusto cultural, las instancias de la recepción y las relaciones complejas entre individualidad y producción cultural» (Moraña 1997: 12). No hay duda que es en esta vena del pensamiento sobre la discursividad literaria y cultural donde se introduce la crítica como sabotaje. Y no solo porque reconoce en la porosidad de la escritura literaria, esa suerte de estructura esponjosa sobre la que Derrida teorizó, sino también porque plantea la necesidad de no perder de vista la interacción tensa y conflictiva entre la literatura y los demás sistemas discursivos.

Si aquella estrategia de empoderamiento llamada transculturación permitió deconstruir la idea eurocentrista de primeridad creativa, y si se reconoce que con ella no se busca el aislacionismo ni provincianismo literario, sino más bien la redefinición (renegociación) de las «políticas de representación», se comprenderá que la acción saboteadora enriquece esta perspectiva toda vez que: «desde el momento en que la crítica como sabotaje adopta el punto de vista del subalterno heterogéneo, el que su lugar de enunciación sea Europa, América Latina o África, ni le quita ni le pone en lo que a *la fortaleza de su capacidad crítica* se refiere» (Asensi 2011: 75; las cursivas son nuestras). En otras palabras, la crítica como sabotaje posicionaría la reflexión sobre la transculturación en el centro de los procesos de significación que se realizan desde una condición de lucha y contienda por la representación. Transculturar sería un mecanismo semiológico que expresaría una acción política de resistencia frente a la hegemonía de lo mimético y contra el poder oculto de los mercados de la representación. El saldo de la diferencia no solo se expresaría mediante una afirmación de esta, sino por la extensión de la operación crítica más allá y más acá de la localización geográfica de la producción del pensamiento crítico: «la crítica como sabotaje entiende que resulta más efectivo preguntarse por la performatividad de tales discursos críticos, por su efecto histórico, por su operatividad dentro de un polisistema, que no por el lugar de su enunciación. *Si bien el análisis del problema del lugar de enunciación resulte también fundamental*» (Asensi 2011: 76-77; las cursivas son nuestras). Es cierto. El cuestionamiento que la crítica como sabotaje realiza de los determinismos que la mayor de las veces vician la afirmación de la territorialidad del pensamiento, abre un extenso capítulo donde se debería calibrar con justeza el problema del conocimiento y la localización geográfica en América

Latina, cuestión imposible de desarrollar en este breve y fragmentario ensayo.⁷ En todo caso, si algo queda completamente claro es que el pensamiento literario latinoamericano, en que se incluye la reflexión comparativista, desde las coordenadas de la crítica como sabotaje, enriquece su poder de acción crítica; no es el mismo una vez que el sabotaje se introduce para reconducir la explicación de los procesos de producción y consumo de los discursos literarios y crítico-literarios de América Latina.⁸

III

Resulta también fundamental para comprender esta renovación de las metáforas conceptuales del discurso crítico latinoamericano, y sus implicancias en el campo de la literatura comparada, las categorías planteadas por Antonio Cornejo Polar: «heterogeneidad» y «totalidad contradictoria». El autor de *Escribir en el aire: ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas* (1994) ha desarrollado la explicación de estas categorías en numerosos pasajes de sus trabajos críticos. Respecto a la primera, señala él mismo en una nota a pie de página: «la mayoría de mis primeras aproximaciones a esta categoría están recogidas en mi libro *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*» (Cornejo Polar 1994: 13). La heterogeneidad se propone como una categoría que explica la coexistencia de distintos sistemas de producción literaria; es decir, «expresa la índole plural, heteróclita y conflictiva de esta literatura a caballo entre dos universos distintos» (Cornejo Polar 1982: 88); años

⁷ Remito al lector al apartado donde Asensi cuestiona uno de los protocolos del pensamiento crítico al que recurre también la tradición latinoamericana: la falacia del determinismo que circunda la afirmación sobre el establecimiento de la relación entre el lugar de enunciación y la enunciación misma; a propósito expresa el autor: «si la localización geográfica de Anzaldúa se ubica en la frontera entre México y EE.UU., y su libro se publica en San Francisco, del mismo modo que el libro de Mignolo del que estamos hablando se publica en Princeton University, ¿supone eso algún cambio en relación con la localización geográfica del conocimiento? Si como Benjamin advertía, no se trata solo de mandar un mensaje revolucionario, sino de revolucionar también los medios a través de los que se comunica dicho mensaje, ¿puede decirse que esa función crítica se vuelve inútil desde el momento en que se emplean canales tan hegemónicos como editoriales norteamericanas de prestigio? ¿O es que esa dialéctica no es óbice para que una labor crítica se lleve a cabo y obtenga determinados efectos performativos de incidencia en el campo histórico?» (Asensi 2011: 76).

⁸ Puede consultarse al respecto, el artículo de Mauricio Zabalgoitia respecto a la reescritura de la historia desde una gramática y una retórica del sabotaje, el texto se titula: «El problema de la escritura de la historia y el de la colonialidad. El punto de vista de la crítica como sabotaje» (2012a). También del mismo autor, su acertada cartografía del problema de la representación dentro del discurso crítico latinoamericano: «*Vertreten, Darstellen*, el límite de representación y ¿un cambio de punto de vista?» (2012c).

más tarde, la heterogeneidad se emplearía para dar cuenta de «los *procesos de producción* de literaturas en las que se intersectan conflictivamente dos o más universos socio-culturales, de manera especial el indigenismo, poniendo énfasis en la diversa y encontrada filiación de las instancias más importantes de tales procesos (emisor/discurso-texto/referente/receptor, por ejemplo)» (Cornejo Polar 1994: 16-17). Retengamos por lo pronto la insistencia en la conflictividad y el reconocimiento de más de un sistema literario. Volveremos a este punto. Por otro lado, la segunda categoría se explica en el artículo «La literatura peruana: totalidad contradictoria» (1983), recogido también años después como ensayo que cierra el libro *La formación de la tradición literaria en el Perú* (1989). En este texto Antonio Cornejo Polar expresa que:

[...] la categoría totalidad no solo funciona en términos de reintegración de los distintos sistemas literarios por obra de la historia que los reúne pese (o mejor: gracias) a su disparidad contradictoria; significa también una reintegración aún mayor: la del proceso literario, con todo su espesor, dentro del proceso histórico-social del Perú. No es únicamente que aquel refleje, exprese o represente a este, ni tampoco que el segundo actúe solo como instancia condicionante del primero. Todo ello es cierto, pero lo que interesa subrayar, con el mayor énfasis posible, es que *la producción literaria, sin perder su especificidad en cuanto plasmadora de símbolos verbales, es parte y funciona dentro de la totalidad social*, fuera de la cual —por consiguiente— resulta incomprensible. (Cornejo Polar 1989: 198-199; las cursivas son nuestras)

¿Qué posibilidades críticas para el comparativismo introduce este reconocimiento de la heterogeneidad de las literaturas latinoamericanas o la configuración conflictiva de los sistemas literarios de una totalidad? ¿Cómo relacionar estas categorías con la crítica como sabotaje? Para comprender cómo estas categorías del pensamiento crítico literario de Antonio Cornejo Polar reconducen la práctica comparatista, es necesario tener en cuenta que aquella impronta eurocentrista que signó las investigaciones en este campo, no solo modeló poderosas narrativas del conocimiento y la autoridad de lo literario asociándolas con el legado europeo mediante axiomas que expresaban, por ejemplo, que tanto la tecnología de la literatura como el grado cero de la tradición cultural eran patrimonio exclusivo del conquistador: «la literatura peruana sería así únicamente, la de raíz, forma y espíritu hispánicos (con lo que quedan excluidas las literaturas indígenas) y la que obedece al canon estético culto de las naciones europeas (con lo que se margina vastos sectores de la literatura

popular)» (Cornejo Polar 1989: 178). Como citábamos líneas arriba, el reconocimiento de la heterogeneidad constitutiva de los procesos de producción de las literaturas de América Latina permite hacer visible las resquebrajaduras de este modo de comprender el proceso histórico, cultural y literario de «Nuestra América». La energía argumental que moviliza la heterogeneidad desencadena más de un cortocircuito dentro del monológico circuito de organizar la cultura y sus discursos modélicos. Para redondear la idea introduzcamos en este punto el hilo explicativo que dejamos tramado párrafos atrás a propósito de la conflictividad y el reconocimiento de más de un sistema literario.

En sintonía con este reconocimiento de lo heterogéneo (de la producción, la composición, la representación y la recepción), la idea de totalidad define en una imagen de completud la coexistencia conflictiva de distintos sistemas literarios que operan no solo dentro de uno mayor, sino que se interrelacionan con el sistema social que las articula o las escinde. Lo que existe, de esta manera, son múltiples sistemas culturales y literarios; cierto que predomina un patrón literario escrito en español o en la lengua de los grupos sociales dominantes —resguardado por los aparatos ideológicos del Estado y reforzado por los protocolos de lectura que establecen las comunidades teóricas y hermenéuticas—; no obstante, es cierto también que coexisten con aquellas —tensa y conflictivamente— los sistemas culturales y literarios emergentes y residuales que libran su batalla para no ser borrados de las geografías culturales o condenados a la insignificancia literaria. Las literaturas étnicas, orales, populares —indígena, negra, mestiza; o lo que son: literaturas heterogéneas (Cf. Cornejo Polar 1989: 188)— desbaratan el monopolio de la representación, la dictadura de su hegemonía. La implicancia de estas vueltas de tuerca son más que evidentes para nuestro contexto actual sobre todo porque:

[...] en los últimos años ha cobrado inusitada vigencia la discusión sobre la posibilidad de reconceptualizar la literatura mundial, con enfoques que buscan trascender las limitaciones de la tradicional comparatística literaria. Para el abordaje de esta complejidad literaria de escala planetaria, es decir, del sistema-mundo literario, pueden resultar de gran utilidad categorías latinoamericanas como las de heterogeneidad, sujeto migrante o totalidad contradictoria, que ayudan a abordar el estudio de la literatura mundial sin perder la visión de conjunto del sistema-mundo literario, pero posibilitando en ese marco un verdadero comparatismo dialógico intercultural. (García-Bedoya 2012: 46-47)

La práctica comparatista aprovecha estratégicamente esta heterogeneidad constitutiva de la cultura y la literatura latinoamericana tanto como la imagen de la totalidad para calibrar —desde un «comparatismo contrastivo y una hermenéutica pluritópica»— la compleja negociación de las diferencias entre múltiples sistemas de representación. Interacciones intraliterarias, interliterarias, interdiscursivas e intersemióticas⁹ ensanchan nuestra perspectiva a propósito de la multiplicidad de posibilidades dialógicas que la heterogeneidad del texto plantea. En el marco de la práctica comparada, la heterogeneidad se modela como horizonte dialógico de intercambio, y como reconocimiento ético de la diferencia. Las literaturas heterogéneas deconstruyen, de esta manera, el universalismo del canon; desmoronan el cerco opresor que divide el centro de los márgenes; y cuestionan la racionalidad otrificante —y el lenguaje de sus instituciones.

Hasta este punto no se necesita hacer mucho esfuerzo para advertir el puente que comunica las reflexiones del peruano Antonio Cornejo Polar con las del valenciano Manuel Asensi. Ambos exigen a su modo la articulación del discurso literario con las otras discursividades que modelan la conciencia de la sociedad. Con ello no solo posicionan este tipo de discurso en lugar protagónico, sino también resemantizan la práctica crítica que se ocupa del análisis de la galaxia de sus sentidos, y la implicancia, incitación o efecto que tienen estos dentro del escenario social: «no sería excesivamente descabellado que, en consecuencia, la palabra «sabotaje» se convirtiera aquí en un «sabertaje» en donde lo que se sitúa precisamente como objeto y sujeto del sabotaje es precisamente el «saber», absoluto o relativo» (Asensi 2011: 87).

⁹ Una ilustrativa exposición y clasificación de estas redefiniciones de la interacción entre las literaturas y otros modos discursivos, podemos encontrarlo en el artículo «La oveja perdida y la emancipación de la literatura comparada», de Manuel Asensi (2010). En este se precisa lo que sigue: (a) las relaciones intraliterarias permiten el estudio de la interacción de un texto o grupo de textos «literarios» con otros textos «literarios» que pertenecen a una misma lengua; (b) las relaciones interliterarias alientan el análisis de un texto o grupo de textos «literarios» con otros textos «literarios» que pertenecen a diferentes lenguas; (c) las relaciones interdiscursivas fomentan el estudio de un texto o grupo de textos «literarios» con otros textos que pertenecen a otro modo de organización retórica u otros registros: filosofía, política, ética, religión, mitología, etc., y (d) las relaciones intersemióticas se encargan del estudio de un texto o grupo de textos «literarios» con otros textos pertenecientes a modalidades semióticas distintas tales como el cine, la oralidad, el internet, la pintura, etc. (Cf. Asensi 2010: 80). Para el comparatista latinoamericano esta ampliación de los campos de acción de la práctica comparada alienta una diversidad de percepciones contrastivas. El discurso literario latinoamericano es comparado con otras tradiciones discursivas y culturales del orbe (occidente/oriente); consecuentemente, se reconoce la coexistencia de más de un sistema literario dentro de la totalidad de lo conocido como literatura latinoamericana, por lo mismo se evalúa los niveles de conexión que existe entre aquellas literaturas y otros modos de representación semiótica. Con ello enfrenta los desafíos de una actualidad heterogénea, multicultural y globalizada.

Léase la siguiente extensa cita como expresión del imperativo crítico que asume el maestro sanmarquino en la línea que Asensi exige a la crítica en este presente de penuria, cinismo y perversión:

[...] y el mundo latinoamericano, y el andino específicamente, es de una violencia extrema y de una extrema disgregación. Aquí todo está mezclado con todo, y los contrastes más gruesos se yuxtaponen, cara a cara, cotidianamente. Visceralmente dislocada, esta intensa comarca social impone también, como materia de la representación verbal, códigos de ruptura y fragmentación. Desdichadamente lo que debería ser luminosa opción de plenitud humana y social (la capacidad de vivir en una todas las patrias) es en realidad ejecución reiterada de injusticias y abusos, ocasión siempre abierta para discriminaciones, maquinaria que insume y produce miserias insoportables. Por esto nada tan burdamente pérfido como estetizar —o literarizar— una realidad minuciosa y radicalmente inhumana. Entonces, *intento desmitificar al sujeto monolítico*, unidimensional y siempre orgulloso de su coherencia consigo mismo, *al discurso armonioso de una voz única* a la que solo responden sus ecos y las representaciones del mundo que lo fuerzan a girar constantemente sobre un mismo eje, y si en forma paralela *quiero reivindicar la profunda heterogeneidad* de todas estas categorías, es porque son literarias, claro está, pero *expresan bien nociones y experiencias de vida*, y porque con ellas no festejo el caos: simple y escuetamente, señalo que ahí están dentro y fuera de nosotros mismos, otras alternativas existenciales, mucho más auténticas y dignas, pero que *no valen nada, por supuesto, si individuos y pueblos no las podemos autogestionar en libertad, con justicia, y en un mundo que sea decorosa morada del hombre*. (Cornejo Polar 1994:22-23; las cursivas son nuestras)

Ni hedonista. Ni gratuito. Ni neutral. ¿Son los *afectos* de los que hablaba Asensi; categoría esta donde confluyen, incardinados uno con otro, lo conceptual y lo afectivo, articulación necesaria para activar el poder incitativo del discurso crítico? ¿Es aquella declarada toma de posición que busca articular la cuestión de la conciencia teórica junto con el campo de las acciones? Aunque en la práctica crítica de Antonio Cornejo Polar no escucharemos enunciados como «silogismo», «modelo de mundo», «sabertaje», «sabotaje», entre otros, ¿debemos por ello restringir la posibilidad dialógica entre su práctica crítica y la de Asensi? La andadura que las palabras citadas alientan hace evidente otro punto de encuentro. Se trata de la noción de «sujeto subalterno heterogéneo». Para Asensi, la crítica

como sabotaje «adopta el punto de vista operativo de un grupo heterogéneo y móvil: el de los subalternos» (Asensi 2011: 72); pero entiéndase que no es una toma de posición paternalista, «no se trata de hablar por ellos, ni de representarles, sino de *adoptar su punto de vista heterogéneo, plural*» (Asensi 2011: 72; las cursivas son del autor); la condición subalterna es, en tal sentido, móvil y funcional, más no esencialista; no tiene un centro que lo sujete y determine: «el subalterno puede, en determinados contextos, funcionar como dominador y viceversa» (Asensi 2011: 83); es más, precisa no olvidar que la posición y condición de ser «subalterno significa colocarse siempre y de forma constante en una posición crítica» (Asensi 2011: 83). Cuando Antonio Cornejo Polar propone la categoría «sujeto migrante», entre las distintas acepciones que le otorga, destaca la que alude a su condición de movilidad y desplazamiento por fronteras culturales y lingüísticas, procesos que ciertamente redundan en su postura descentrada y múltiple —entiéndase heterogénea— (Cf. Cornejo Polar 1996: 837-844). El sujeto migrante es un sujeto heterogéneo cuya práctica discursiva expresa también esa condición histórica.

Si tanto uno como otro son heterogéneos y móviles; si tanto uno como otro son esencias, sino sujetos que devienen y cuestionan el «sabotaje», el logocentrismo y lo monológico, pienso que no nos equivocamos cuando realizamos este cruce de elementos de familia (subalterna) porque en un pasaje del análisis sobre *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, Asensi precisa que el narrador andahuaylino modela a través de su discurso narrativo una serie de situaciones fuertemente subalternizantes que desencadenan, asimismo, una red de sujetos en condición de subalternidad:

[...] la red subalterna establece, pues, vínculos analógicos entre lo/as indio/as, el niño Ernesto, la mujer: todos esos grupos e individuos sufren sin paliativos el dominio y las acciones violentas de aquellos que ejercen el poder. El silogismo de Arguedas es complejo debido a que cada uno de esos elementos subalternos establece conexiones diferentes, contradictorias, y, además, funcionan en distintos niveles. (Asensi 2012a: 75)

Los materiales que prepara la narración hacen fermentar las interacciones conflictivas dentro del modelamiento del mundo. Todo se prepara para el sabotaje pues el punto de partida de la rebelión, el lugar desde donde se agenciará y operará el sabotaje será precisamente desde esta condición subalterna; y acaso dicha ubicación sea la más acertada

para dismantelar las estructuras y las formas violentas de ejercer el poder: «la mirada más privilegiada para alcanzar el conocimiento no es la que se sitúa en un afuera o en una posición superior, sino aquella que se ubica en los lugares más inferiores» (Asensi 2011: 72). ¿Hasta esta parte son visibles los caminos que se entrecruzan?

IV

Trasculturación narrativa. Heterogeneidad discursiva y cultural. Totalidad contradictoria. Si bien no son la totalidad de metáforas conceptuales que han reconducido la práctica comparatista latinoamericana, una cosa sí es cierta: después del despliegue de dichas categorías para dilucidar el entramado de la producción discursiva latinoamericana, los estudios de literatura comparada no son los mismos.¹⁰ No solo porque Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar buscaron cada uno a su modo sentar las bases sistemáticas y autónomas de los modernos estudios literarios latinoamericanos, sino también porque fomentaron una idea bastante clara del derrotero que debe guiar la práctica crítica: combatir contra la racionalidad que desatiende las literaturas calificadas como «primitivas», «otras» o «alternativas»; o sabotear aquel orden institucional que promociona lo más cercanamente análogo al canon occidental; contra el «ninguneo», el

¹⁰ Estas y otras líneas de entendimiento de la praxis comparativa pueden rastrearse en los trabajos de, entre otros comparatistas, los brasileños Tania Franco Carvalhal: *O próprio e o alheio. Ensaio de literatura comparada* (2003) y Eduardo Coutinho: *Literatura comparada en América Latina. Ensayos*. (2003); la chilena Ana Pizarro: *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana* (2004); y la uruguaya Lisa Block de Behar: *Medios pantallas y otros lugares comunes: sobre cambios e intercambios verbales y visuales en tiempos mediáticos* (2009). La estela bibliográfica puede ampliarse a otros autores y otras geografías epistemológicas. Se menciona solo algunos representativos. El trabajo de repensar la literatura comparada en Latinoamérica, no debe pasar por alto la mención a la Asociación de literatura comparada en Brasil (ABRALIC, fundada en 1986); la Asociación de literatura comparada en Uruguay (AULICO, fundada en 1989); la Asociación de literatura comparada en Argentina (AALC, fundada en 1992); y la Asociación de literatura comparada en el Perú (ASPLIC, fundada en 2003). Asociaciones que desempeñan un papel fundamental en la promoción y el fortalecimiento de la disciplina, así como en la integración de la misma dentro de los debates teóricos, hermenéuticos e históricos a propósito de los discursos culturales de Latinoamérica. Es necesario comprender que la datación del origen de la institucionalidad no significa que el hecho de comparar literaturas no haya existido tiempo atrás. Ciertamente el quehacer comparativo se desarrolló como práctica no institucionalizada; como condición reflexiva del crítico latinoamericano que adopta actitudes de entendimiento comparativo en su contacto con las literaturas heterogéneas. Consultar respecto a estas aproximaciones locales, Adriana Crolla: «La literatura comparada en Argentina. Archivo, reflexión y proyecciones», en *Transgresiones y tradiciones en la literatura* (2009: 31-69) y Javier Morales Mena: «Los estudios de literatura comparada en el Perú actual», en *La trama teórica. Escritos de teoría literaria y literatura comparada* (2010: 209-226).

monopolio de la representación y la hegemonía del discurso crítico eurocentrista, la crítica literaria latinoamericana propone su estratégica resistencia, su sospecha generalizada y, como acabamos de ver, su innata actitud sabotadora. Es evidente que el aprovechamiento que la comparada hace de estas posturas epistemológicas es crucial a la hora de repensar su quehacer.¹¹ Sobre todo porque dentro de ella también se buscará sabotear modelos de mundo hegemónicos y se recusará la racionalidad instrumental; reconsiderará los aportes que toma de la deconstrucción, los estudios culturales, los estudios poscoloniales y los feminismos, a la luz de los ajustes que realiza la crítica como sabotaje: «Por eso la literatura comparada o poética relacional tiene como uno de sus objetivos primordiales el estudio de las razones por las cuales no hay relación, el análisis de las condiciones, razones y estructuras de poder (en sentido foucaultiano) que han llevado a que una relación no sea posible o no haya tenido lugar en la historia» (Asensi 2010: 90).¹²

Estos y otros puntos de articulación son los que precisamente nos hacen destacar el diálogo de la crítica como sabotaje y la tradición crítica del pensamiento latinoamericano (Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar, específicamente). Ciertamente que como toda crítica vigorosa, la crítica como sabotaje ajusta cuentas con casi todos los planteamientos teóricos del siglo xx y xxi. Nada queda en su sitio. Ciertamente es también que en este intento fragmentario de buscar el diálogo entre la crítica como sabotaje y algunas de las propuestas de Rama y Cornejo, pudimos advertir algunos aires de familia con el quehacer crítico latinoamericano. Más de uno habrá notado que indirectamente se ha esbozado la tarea de repensar sobre la posibilidad de releer el legado de la tradición crítica del pensamiento latinoamericano, a la luz de la crítica como sabotaje, y ello para efectos de redefinir nuestra relación con el amplio

¹¹ Después de que Rama explicara la estrategia de apropiación de los recursos formales occidentales y su posterior adaptación a la expresión propiamente amerindia; y luego que Cornejo evidenciara la coexistencia conflictiva y tensional de heterogéneos sistemas literarios dentro del contenedor término llamado literatura latinoamericana, si hay un reto que los estudios comparatistas asumen este es, por el lado disciplinario, participar activamente de los debates culturales defendiendo la importancia de la actitud dialógica y la escucha intercultural; y, por el lado metodológico, sumarse a la histórica lucha de los estudios literarios latinoamericanos en pos de diseñar cada vez más finamente un marco de comprensión de sus prácticas discursivas y culturales en un contexto multicultural.

¹² ¿Aquel modo de leer que plantea Roberto González Echevarría en la nota 5, eso que denomina como la «criticism by fiction by friction», puede asumirse como la práctica de un modo de comparación que otrora no era posible? Evidentemente que su propuesta de lectura rompe con el modo tradicional de practicar la comparatística. Y en ese sentido coincidiría con algunas ideas que Asensi explica: «la literatura comparada o poética de la relación se enfrenta al acto de lectura desde el momento en que percibe una relación entre diferentes textos, ya desde entonces se ve en la obligación de *tomar decisiones* que afectarán a todo su discurso posterior» (Asensi 2010: 92; nuestras cursivas).

corpus de la literatura latinoamericana tanto como para replantear el quehacer de la práctica crítica, sobre todo en un contexto donde los antiguos conceptos del campo de los estudios literarios sufrieron transformaciones radicales.

Probablemente en esas correspondencias de las que hablamos se encuentre también la aceptación y familiaridad con que se reciben estos planteamientos por distintos escenarios académicos de América Latina: México, Argentina, Perú y Chile. Quizá encontremos en esta peculiaridad traslacional aquello que en los primeros párrafos destacábamos como un tipo de crítica que busca ser también acción práctica. Y es que la crítica como sabotaje es desplazamiento. Se ha denominado a este estratégico peregrinar: «la ruta del sabotaje» (Zabalgaitia 2012b: 183). Quienes enrumban bajo la dirección del *sensei* del sabotaje, Manuel Asensi Pérez, son catedráticos de las universidades de Valencia y la Autónoma de Barcelona: Beatriz Ferrús Antón, Mauricio Zabalgaitia Herrera, Isabel Clúa Ginés y Núria Calafell Sala. La atención que concita la práctica crítica del sabotaje ocurre también porque ofrece un amplio espectro de posibilidades de acción. Cada uno de estos críticos, por ejemplo, conduce la crítica como sabotaje dentro de un variado campo de investigación literaria y cultural, para mencionar solo algunos de sus tópicos de interés: el discurso hispanoamericano decimonónico y la historiografía literaria (Ferrús), la tradición del pensamiento latinoamericano y la cuestión poscolonial (Zabalgaitia) y los mecanismos de lo popular y las articulaciones de la cuestión de género en el arte y la cultura (Clúa y Calafell). Si articulamos estos elementos de orden conceptual y factual pienso que tenemos frente a nuestros ojos una incanjeable lección para la reflexión teórica y el quehacer práctico en el horizonte del pensamiento de estas primeras décadas del siglo XXI: no olvidar que el sabotaje comienza ahí donde el poder amenaza la existencia; o cuando le pone precio a la libertad.

REFERENCIAS

ASENSI PÉREZ, Manuel

- 2007 «Qué es la crítica literaria como sabotaje? (Especulaciones dispersas en torno a la crítica en la era de la posglobalización)». *Anthropos*, N. 216, pp. 73-82.
- 2010 «La oveja perdida y la emancipación de la literatura comparada». En MORALES MENA, Javier (comp.). *La trama teórica. Escritos de teoría literaria y literatura comparada*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos/ Editorial San Marcos, pp. 79-95.
- 2011 *Crítica y sabotaje*. Barcelona: Anthropos/ Siglo XXI.
- 2012a «Los CSI y la guerra de Arguedas (en torno al silogismo del discurso en el pensamiento de la crítica como sabotaje)». En BOLOGNESE, Chiara; BUSTAMANTE, Fernanda y Mauricio ZABALGOITIA (coords.). *Éste que ves, engaño colorido: literaturas, culturas y sujetos alternos en América Latina*. Madrid: Icaria, pp. 57-84.
- 2012b «Modelos de mundo y lectores/as desobedientes». En FERRÚS, Beatriz y Mauricio ZABALGOITIA (coords.). *Anthropos 237: La crítica como sabotaje de Manuel Asensi*, pp. 17-30.
- 2013 «Modelos de mundo de Gus van Sant: *Elephant*». *Archivos de la filmoteca*, N. 72: *Cine e hibridaciones: avatares de la era digital*. Valencia: Generalitat Valenciana, pp. XLVII-LXII.

CORNEJO POLAR, Antonio

- 1982 *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.
- 1989 *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: CEP.
- 1994 *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte.
- 1996 «Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno». *Revista Iberoamericana*, vol. LXII, N. 176-177, julio-diciembre, pp. 837-844.

CLÚA GINÉS, Isabel

2012 «La letra, con sangre, entra. Comunidades interpretativas, géneros populares y sabotaje cultural». En FERRÚS, Beatriz y Mauricio ZABALGOITIA (coords.). *Anthropos 237: La crítica como sabotaje de Manuel Asensi*, pp. 85-98.

CULLER, Jonathan

1995 «Comparative literature, at last!». En BERNHEIMER, Charles (ed.). *Comparative literature in the age of multiculturalism*. Baltimore/London: The Johns Hopkins University Press, pp. 117-121.

DÍAZ-CABALLERO, Jesús

1997 «Ángel Rama o la crítica de la transculturación (última entrevista)». En MORAÑA, Mabel (ed.). *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/ Universidad de Pittsburgh, pp. 325-343.

FERRÚS ANTÓN, Beatriz

2012 «Crítica y sabotaje de Manuel Asensi: la génesis de un pensamiento». En FERRÚS, Beatriz y Mauricio ZABALGOITIA (COORDS.). *Anthropos 237: La crítica como sabotaje de Manuel Asensi*, pp. 9-16.

GARCÍA-BEDOYA MAGUIÑA, Carlos

2012 «Categorías latinoamericanas para una mundialización intercultural». *Indagaciones heterogéneas. Estudios sobre literatura y cultura*. Lima: Pakarina, pp. 31-51.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto

2002 «Latin American and Comparative Literature». *Comparative Literature and Culture* 2.4, pp. 7-11.

LA CRÍTICA COMO SABOTAJE, EL PENSAMIENTO CRÍTICO LATINOAMERICANO
Y LA LITERATURA COMPARADA

MORALES MENA, Javier

2013 «Teoría de la literatura para no morir de desesperanza: diálogo con Manuel Asensi Pérez». *Cuadernos Literarios*, año VII, N. 10, pp. 183-194.

MORAÑA, Mabel (ed.)

1997 *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/Universidad de Pittsburgh.

ORTIZ, Fernando

2002 *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. Edición de Enrico Mario Santí. Madrid: Cátedra.

PICÓN SALAS, Mariano

1994 *De la conquista a la independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. Tercera edición. México: Fondo de Cultura Económica.

RAMA, Ángel

2004 *Transculturación narrativa en América Latina*. Cuarta edición. México: Siglo XXI.

RÍOS BAEZA, Felipe

2012 «El sabotaje en el concierto de los post». En FERRÚS, Beatriz y Mauricio ZABALGOITIA (coords.). *Anthropos 237: La crítica como sabotaje de Manuel Asensi*, pp. 31-39.

VÁZQUEZ GARCÍA, Manuel

2012 «La tarea crítica: deconstrucción y sabotaje». En FERRÚS, Beatriz y Mauricio ZABALGOITIA (coords.). *Anthropos 237: La crítica como sabotaje de Manuel Asensi*, pp. 41-52.

ZABALGOITIA HERRERA, Mauricio

- 2012a «El problema de la escritura de la historia y el de la colonialidad. El punto de vista de la crítica como sabotaje». En FERRÚS, Beatriz y Mauricio ZABALGOITIA (coords.). *Anthropos 237: La crítica como sabotaje de Manuel Asensi*, pp. 53-69.
- 2012b «¿De qué hablamos cuando hablamos de crítica como sabotaje? Entrevista a Manuel Asensi». En FERRÚS, Beatriz y Mauricio ZABALGOITIA (coords.). *Anthropos 237: La crítica como sabotaje de Manuel Asensi*, pp. 183-194.
- 2012c «*Vertreten, Darstellen*, el límite de representación y ¿un cambio de punto de vista?». En BOLOGNESE, Chiara; BUSTAMANTE, Fernanda y Mauricio ZABALGOITIA (coords.). *Éste que ves, engaño colorido: literaturas, culturas y sujetos alternos en América Latina*. Madrid: Icaria, pp. 103-126.